

*Participaron Gustavo Lins Ribeiro,
Annel Mejías, Pablo Semán y Eduardo Restrepo*

Conversatorio *Los retos de las antropologías latinoamericana,* organizado por la ALA en el XVII Congreso de Antropología en Colombia

La Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA) comparte con sus lectores y lectoras el interesante debate dado en torno al conversatorio «Los retos de las antropologías latinoamericanas», realizado el 13 de junio del 2019 en el marco del eje «Incertidumbres, posibilidades y nuevos campos en la formación, teorización e investigación antropológica», propuesto en el XVII Congreso de Antropología en Colombia, en la Universidad Icesi, en Cali.

Dicho conversatorio lo coordinaron el antropólogo colombiano Eduardo Restrepo, de la Pontificia Universidad Javeriana y presidente de la ALA, y el antropólogo brasileño Gustavo Lins Ribeiro, de la Universidad Autónoma Metropolitana de México y miembro fundador de la ALA, con la participación del sociólogo y antropólogo argentino Pablo Semán, del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, y la comunicadora social y etnóloga venezolana Annel Mejías Guiza, de la Universidad de Los Andes e integrante de la Red de Antropologías del Sur. Esta transcripción se divide en dos secciones: una primera en la cual se exponen textualmente los argumentos de los invitados y la invitada, debidamente identificados, y una segunda parte en la que intervienen las y los asistentes, quienes con sus preguntas y comentarios generaron una última ronda de reflexiones.

Dentro de los retos para las antropologías latinoamericanas resaltamos, *grosso modo*, la lucha contra el antiintelectualismo en

el mundo y el abuso de la ignorancia, en detrimento del lugar de la inteligencia en el mundo contemporáneo, lo que ha devenido en una preocupante persecución a los antropólogos y antropólogas en algunos países de América Latina. Se suma la inquietud de construir una antropología de las antropologías latinoamericanas para contribuir a la tradición mundial de la disciplina y para entender cómo se constituyen, experimentan y reproducen las antropologías realmente existentes en la región con el objetivo de intervenir como sujetos políticos en el lugar de las disputas del sentido común. Se agregan entre los retos la necesidad de pluralizar el análisis para comprender la situación política actual de los países latinoamericanos, incentivar el ejercicio del papel crítico en la antropología contra el papel del intelectualismo mandarínista, actualizar las nociones sobre el método etnográfico y organizarnos en asociaciones para posicionarnos frente al mundo.

PRIMERA PARTE: REFLEXIONES DEL PÁNEL

GUSTAVO LINS RIBEIRO: Una parte del continente muy expresiva está aquí con practicantes de Argentina, Venezuela, Colombia, Brasil y México también, si me permiten mis colegas mexicanos, porque ya me estoy mexicanizando. ¿Cuáles son los retos? Hay unos retos que son comunes a todas las antropologías hoy y otros que son más específicos del lugar donde estamos, unas veces con particularidades nacionales y otras veces relacionados con la cuestión latinoamericana como un todo.

¿Cuáles son los retos comunes? Los retos comunes se relacionan sobre cómo estamos viviendo un período, que no sabemos hasta cuándo se va extender, de un antiintelectualismo muy grande en todo el mundo. Yo creo que este es el reto número uno: ¿Cómo luchar contra el antiintelectualismo cada vez más grande y el abuso de la ignorancia en el mundo? Parece increíble que el número de personas que cree que la Tierra es plana esté aumentando, uno no podría creer hace diez años que alguien dijera esto, ¿qué pasó? Hay varias hipótesis para entender por qué el antiintelec-

tualismo hoy crece en el mundo. Yo particularmente creo –y esto sería una discusión muy larga en sí misma– que se relaciona con la popularización del internet y, sobre todo, con las redes sociales.

El internet ha hecho que el mundo parezca transparente a los actores sociales, porque ellos creen que sí tienen al alcance de su mano una herramienta que les permite saber de todo en el mundo. Entonces, ¿quién necesita intermediarios cuando el mundo es transparente? ¿Para qué sirven los científicos sociales? Este reto además de académico –y nosotros somos parte interesada porque nos afecta profundamente–, es un reto político, porque dice respecto al lugar de lo que se llama en alemán la *intelligentz*, la intelectualidad. ¿Cuál es el lugar de la intelectualidad en el mundo contemporáneo? Pues los antropólogos hacemos parte de la intelectualidad. Los políticos ya no quieren oír a los expertos. Esta es una palabra realmente llena de problemas y connotaciones, pero eso quiere decir que estamos frente a una devaluación tremenda de la producción de conocimiento, especialmente del conocimiento sobre lo social, lo político, lo cultural, es decir, básicamente las cosas que nos interesan. Yo creo que este es un desafío muy grande, tenemos que hablar bastante sobre esto, porque lo que está en juego no solo es nuestra reproducción de actores académicos sino, repito, la *intelligentz* y su rol en sociedades democráticas. Esto me parece un reto gigantesco.

En América Latina infelizmente vemos situaciones, como en mi país, Brasil. La antropología latinoamericana y la brasileña son ejemplos muy claros de lo que mi compañera, colega y amiga Myriam Jimeno, aquí presente, llama el antropólogo co-ciudadano, un antropólogo involucrado con las luchas nacionales, con las cuestiones nacionales. Somos co-ciudadanos, no somos personas de otros países, esto es una diferencia muy grande. Nos involucramos en las cuestiones nacionales, políticas y esto nos transforma muchas veces en blanco de élites políticas rabiosas. La antropología brasileña ha sido víctima de una persecución sistemática por parte de los políticos y de los poderes institucionales brasileños, con sus excepciones porque hay parte de los poderes republicanos brasileños que defienden la antropología brasileña por su trayecto-

ria de cincuenta años de defensa de los pueblos indígenas; de defensa de las tierras quilombolas, palenques, cimarrones, cumbes; por la defensa de las multiplicidades e identidades de género. O sea, nosotros somos hoy, de cara a las características de la derecha contemporánea, un blanco preferencial. Tenemos que discutir este lugar en el que nos vemos puesto de blanco preferencial de la derecha contemporánea, porque es una derecha que tiene su agenda muy clara: luchas políticas antiidentitarias, antimulticulturalismo. Hay un regreso de formas de racismo que pensábamos que estaban ya suplantadas y no.

Todos esos son retos que, de nuevo, tienen caras distintas en varios países, pero que están en mayor o menor grado presentes en la mesa. Ayer estábamos platicando con Pablo [Semán] y Eduardo [Restrepo], y pensamos que es bueno también hablar de las contradicciones, es decir, de que en gran medida los antropólogos pagamos por nuestras victorias, por haber contribuido como intelectuales, algunos como políticos, otros como formadores de opinión, etcétera, para una sociedad más plural en donde se respete la identidad, por difundir ideologías como las multiculturales o la interculturalidad, etcétera. Esto ha sido reapropiado, resignificado de distintas maneras por el Estado y élites conservadoras y represivas. Creo que eso es muy claro con respecto a la noción de cultura que hace mucho tiempo se escapó de la mano de los antropólogos, se transformó en un arma política, se politizó y fue resemantizada de acuerdo con los intereses de cada segmento político, y ahora vuelve con otras caras, otros objetivos y otras apariencias.

ANNEL MEJÍAS GUIZA: En el marco de esta conversación, propondría tres retos principales, el primero más vinculado a lo que considero son las antropologías del sur. En una conversación que tuvimos con el profesor Gustavo, él se preguntaba en qué han contribuido las antropologías latinoamericanas a la tradición de la disciplina. Nosotros tenemos muchas propuestas que desconocemos desde nuestros países, que ignoramos, a veces no conocemos a los colegas que están trabajando los mismos temas de investigación que nosotros en la región, y creo que es un gran reto, y lo ha planteado el profesor Esteban Krotz durante veinte años, de hacer

una antropología de las antropologías latinoamericanas, de hecho, creó un grupo de trabajo en el 2017 con la Asociación Latinoamericana de Antropología, llamado Ad-ALA.

Porque escuchando a los colegas en eventos de antropología, en lecturas realizadas, existen muchos planteamientos en nuestros países, como el antropólogo co-ciudadano de la profesora Miryam Jimeno; la propuesta de mi maestra, la profesora Jacqueline Clarac, que habla de la antropología «en el patio de mi casa»; el compromiso social que genera solidaridades con las comunidades donde estudiamos; el antropólogo como militante en las luchas de las comunidades en las cuales trabaja; la profesora Rosana Guber habla de «poner el cuerpo», es decir, de cómo el antropólogo también se expone al hacer su trabajo, como lo explicaba el profesor Gustavo Lins Ribeiro, y de cómo el hecho de hacer trabajo de campo en su país, en su comunidad –lo he escuchado en varias ponencias acá– afecta al antropólogo que estudia a sus vecinos, a sus compadres, a su familia... y cómo todo eso termina generando procesos terapéuticos tanto para las personas que se investigan como para el investigador. Hay como una deuda de sistematizar todas esas experiencias en América Latina para también darlas a conocer a la tradición antropológica del mundo.

Otro de los retos que veo está más vinculado a la antropología frente a la situación política actual de América Latina y del mundo. El primero, la antropología frente a las emergencias que se presentan con el retorno de la derecha, procesos de desizquierdización, como lo han planteado los integrantes del Grupo de Estudio en Antropología Crítica (GEAC), y cómo la antropología se está asumiendo frente a esas situaciones. Por ejemplo, en Venezuela –hablo desde el país donde vivo y hago trabajo de campo– hay una situación muy curiosa porque se tiende, en los discursos de lo que se visibiliza, a dividir las posturas como chavistas o antichavistas, y resulta que hay una diversidad tremenda de lo que está ocurriendo que no se visibiliza porque los antropólogos, me parece a mí, no están haciendo etnografía sistemática sobre esta situación política durante los últimos veinte años: violencia política, situaciones de hegemonía, relaciones de poder tensas, tratando de recrear, refun-

dar un Estado con una propuesta de Estado comunal desmontando el Estado burgués actual e intentando cambiar la estructura social de un país rentista. Veo una tendencia de antropólogos muy chavistas que invisibilizan lo que se ve en esa diversidad política o antropólogos muy opositores que invisibilizan todo lo que ocurre en el ámbito popular gestado por el chavismo. Me preocupa muchísimo porque no se ven los claroscuros de las realidades sociales. Pongo otro ejemplo como espectadora: cuando Bolsonaro llegó a la presidencia de Brasil varias comunidades de científicos sociales hicieron una serie de comunicados antes, durante la elección y luego de ser electo como presidente en contra de su candidatura y la posibilidad de que llegara a ganar. Como científicos sociales podemos decir que las sociedades están alienadas y por eso votaron por Bolsonaro en Brasil, pero es una postura muy cómoda porque no estamos viendo por qué esa gran mayoría del pueblo brasileño optó por ese presidente.

Creo que algunos antropólogos se colocan en una postura política quizás acomodaticia sin ver por qué está volviendo la derecha a algunos países de América Latina, sin analizar lo que está ocurriendo. Hay como un compromiso de empezar a analizar y entender desde la diversidad lo que está ocurriendo en nuestros países frente a la polarización política: por qué en Argentina vuelve la derecha con Macri, por qué en Brasil retorna la derecha con Bolsonaro, por qué en Venezuela retornaría la derecha si hay unas nuevas elecciones o por qué la mayor parte de la población en mi país, incluyendo a los pobres, no entienden que estamos ante un bloqueo económico. ¿Qué está ocurriendo para que eso pase? La antropología tiene un papel importante para entender esos procesos que generan que las derechas lleguen nuevamente al poder o se mantengan en el poder con cierta facilidad.

Este segundo reto lo veo, como dije, vinculado al mapa geopolítico latinoamericano actual (retorno de la derecha al poder), pero también con el mapa geopolítico mundial. Hay un nuevo planteamiento de la nueva Ruta de la Seda con China, que además está buscando aliados por el mundo para crear canales transnacionales que son económicos, pero que van a movilizar

a gente, relaciones entre los países. China ha hecho pactos con varios países, últimamente con Argentina, Italia, Venezuela tiene relaciones muy fuertes con ese país. La nueva Ruta de la Seda se va a concretar, quizás nosotros no estemos vivos, nuestros hijos y nietos sí lo verán en un largo plazo, lo que implica el surgimiento de unas potencias emergentes como Indostán, China, todo ese mundo oriental del cual se nos ha hecho ver que estamos alejados. ¿Cómo la antropología o los antropólogos de América Latina visualizan esa nueva geopolítica del mundo que implicaría el surgimiento de otros imperios o un mundo multipolar, y cómo se posicionan frente a ella?

El último punto lo considero el tercer reto, para no capitalizar el micrófono: siento, porque soy periodista de pregrado y etnóloga de postgrado, que la antropología tiene una gran deuda para comunicar y para conectar. Ayer asistía a una mesa de revistas científicas y sentí que estábamos tan desfasados del mundo de la comunicación, es decir, aún seguimos pensando en revistas arbitradas e indexadas para comunicar lo que hacemos y, además, porque nos da más puntos, más presupuestos, mejores sueldos. ¿Esto qué significa? Primero, es un disciplinamiento académico muy fuerte y como comunicadora social me pregunto: ¿por qué se preocupan tanto por publicar en revistas indexadas? Para usar una metáfora, mientras los avances tecnológicos suben por el ascensor, las formas de comunicación de la antropología ascienden por las escaleras. La comunidad antropológica no se ha adecuado a las nuevas formas de comunicar, porque tiene además un sistema detrás que los vigila. Tengo dos hijos, uno de 13 y otra de seis años, desde los dos años mi hija sabe usar el teléfono táctil y mi hijo me enseña a usar aplicaciones. ¿Cómo nos acercamos como comunidad antropológica a ellos? ¿Cómo los ayudamos a ampliar su visión del mundo a través de lo que ha legado la disciplina? Además, hay otras formas de decir y hacer que, dentro de ese mundo disciplinado de cómo nos comunicamos académicamente, en algunos de nuestros países quedan por fuera, no existen. Me preocupa que la antropología no haya renovado sus formas de decir, de conectar, incluso con la misma gente que estudia.

PABLO SEMÁN: Aprovecho para profundizar algunas cosas tal vez en un sentido polémico y provocativo. Yo coincido totalmente con lo que dice Gustavo, pero voy a profundizar, y tal vez ahí difiera, que es que yo no pondría el centro en la antropología. O sea, para discutir el desafío en la antropología habría que pensar que el principal problema es la fascistización, que se están rearmando las relaciones entre sociedad, Estado y mercado, y que vamos a un estado de guerra social y en todo eso lo que menos me importa es lo que pase con la antropología, a mí personalmente. Me imagino yo que voy a morir con una jubilación pobre, probablemente muera trabajando de antropólogo, me imagino que mis estudiantes, que formé 25 tesis, no trabajen de antropólogos, y eso no va a ser lo más triste que ocurra en el mundo en que vivimos. Y creo, y ahí sí coincido con la agenda de Gustavo, que desde ese lugar hay que imaginar un ejercicio que debe ser más antropológico que nunca, aunque no tenga la sede privilegiada que hasta ahora tuvo, que es aplicar la reflexividad en causa propia, no de la antropología, sino la reflexividad de la antropología en causa de los oprimidos de las sociedades y, aparte, desaprender de la historia y de larga duración, porque si hay algo que los antropólogos hemos perdido de vista, muchas veces en nuestro encapsulamiento disciplinario, son las relaciones profundas que deberíamos seguir manteniendo con la historia, que es una historia que nos enseña que todo vuelve, porque todos nosotros nos forjamos —generaciones antes que yo y después que yo— en una idea de sentido común, que es la de la secularización. Pero hoy lo que estamos viviendo es la reversibilidad de las secularizaciones, que tiene que ver mucho con el antiintelectualismo que dice Gustavo, pero yo colocaría el antiintelectualismo en un proceso de fascistización, donde la antropología qué hace, no solo defenderse de sí misma, no solo por ser narcisista, sino porque no podría hacer nada.

En ese contexto retomo, porque lo que dijo Gustavo es central y no creo diferir mucho pero sí podríamos hacer avanzar esa agenda, yo creo todos nosotros, generaciones antes o posteriores, en el encadenamiento de estas tres o cuatro generaciones que coincidimos acá, entendemos que el elemento crítico de la antro-

pología es central, no importa si somos antropólogos críticos, si pertenecemos a la red de antropología crítica, pero entendemos que el elemento crítico es central y que no estuvo tan presente en otras antropologías, y hay que ver cómo lo ponemos a jugar desde las universidades, desde el imaginario intelectual dreyfusiano que todavía nos influye o desde dónde. No sólo el concepto de cultura, la antropología está diseminada, como nos dijo Gustavo, nos guste o no nos guste.

Tuve la oportunidad de participar en un encuentro con activistas sexogénricos con el tema de la religión y yo no estaba de acuerdo con ellos, pero yo no podría decir que ellos no saben antropología de la religión y yo sí. Una de las cosas que nos pasa a antropólogos académicos de universidad, de CONACIT, CONICET, CONACUD, lo que sea, es que tenemos que dialogar con sujetos sociales que dominan el elemento crítico de las ciencias sociales, algunos son de izquierda, otros de derecha, otros de ultraderecha, y a nosotros eso nos hace morir de bronca, pero del limón hay que hacer limonada, algo hay que hacer con eso, yo no sé muy bien qué, pero lo que sí sé es que está en el centro de la agenda, porque nosotros no podemos quedarnos en nuestro lugar de reyes universitarios, porque la universidad ya dejó de ser el centro del mundo, nos guste o no.

Entonces, advertimos o no la expansión de los saberes y del elemento crítico de las ciencias sociales en las sociedades. Dos, cómo dialogamos con eso, porque hay mucha antropología y mucho elemento crítico de la antropología sin ser universitario, además la antropología no nació en las universidades, por otro lado, la hicieron viajeros, sacerdotes, agentes coloniales, todo tipo de sujetos, algunos nos encantan, otros no tanto. ¿Qué pasa con esta desacademización de la antropología en el contexto de ese giro que es la fascistización de las sociedades, que es el fenómeno del momento en el sentido de una coyuntura histórica que son sesenta o setenta años de educación? No estamos hablando de tres días o el próximo período electoral.

Así como vos decías que tenemos una deuda en comunicar, yo creo que tenemos una deuda en el ejercicio del papel crítico.

Cuando la gente ve cómo habla un antropólogo o de qué habla un antropólogo, y cómo juzga, buena parte de la eficacia de la derecha alternativa en las redes sociales, que es lo que dice Gustavo, también se debe a cómo somos nosotros, no creamos solo que sean defectos de democratización indebida por las redes. Todos nosotros, aunque no lo creemos, aunque nos hayamos sanitizados, limpiado críticamente contra el ejercicio mandarínista o mandarinés de los saberes burocráticos, seguimos siendo mandarines, y parte del antiintelectualismo es un antimandarínismo y tenemos que tomarlo muy en cuenta porque nos van a pasar por encima y después vamos a seguir como aquellos colonos ingleses tomando el té a las cinco de la tarde en el Niágara. Tenemos que advertir esto para superar parte de esta situación, esto tiene que ver con el elemento crítico que tiene que ser aplicado en causa propia y compartido con otros sujetos que no son homogéneos con nosotros y tenemos que ser capaces de articularnos con esa heterogeneidad.

También digo yo, para discutir con Eduardo, creo que el elemento crítico debe ser articulado con el giro ontológico para que no se autonomice y para que no sea el capítulo final del mandarinismo burocrático de las universidades, porque el giro ontológico encuentra la humanidad del gato y eso en este momento no nos interesa, pero sí en el giro ontológico hay una probabilidad de explorar mejor la deshumanización de los humanos, que es lo que está procurando el fascismo que está en el centro de la escena política e intelectual que vivimos, ¿no? Buena parte de ese fascismo es destituir de derechos a sujetos, no es la igualdad formal de la vieja cuestión judía, es como crear ciudadanos de segunda en cualquier lugar del mundo. Y para eso sí nos sirve el giro ontológico subordinado jerárquicamente, englobado, dirían los antropólogos brasileños en la antropología crítica.

Dos últimas cositas: ¿Qué nos une a los latinoamericanos?, lo cual siempre es problemático porque ¿qué nos une? Un idioma, una región, no sé. Una cosa que me hizo pensar mucho, y me lo hizo pensar Eduardo: creo que nos une un esquema de transición en los mundos universitarios en que nacimos, donde las antropologías pasaron de ser –voy a comparar las tesis tuyas que son iró-

nicas, pero me hago cargo yo del efecto— indologías de todo tipo y de toda laya, más o menos buenas, más o menos malas, más o menos racistas, más o menos nacional-populares, más o menos excluyentes, más o menos entregadoras, a ser una crítica inmanente de los dispositivos de formación de subjetividad contemporánea. Todos hemos vivido esa experiencia y en esa crítica inmanente a los dispositivos de subjetivación contemporánea están los fenómenos del colonialismo, la colonialidad del poder y todo lo que nosotros venimos compartiendo, y creo que eso es lo que nos define. No hablamos tanto, porque lo explicitamos un poco más, es parte de los desafíos y los retos de las antropologías latinoamericanas.

Y por último, creo que hay una cosa que esto sí lo agregó, ya se venía diciendo, que es con este cambio de sede y con este cambio de sujeto del ejercicio de la antropología qué es lo que nosotros vamos a seguir pensando sobre el método etnográfico, porque me parece que ahí hay un problema: hay algo del saber hacer etnografías que está presente en estilos muy diferentes de etnografía pero decimos de las etnografías que nos gustan, que están bien pero nos ponemos en normativos con otras y decimos: «esto no es etnografía». Creo que para la cuestión del método hay que adoptar una posición no-normativa, hay que estar contra el manual y tratar de ver qué es lo que están haciendo los etnógrafos y qué es lo que reconocemos como etnógrafos para ver cómo se actualiza en cada antropólogo y en cada etnógrafo la práctica del método etnográfico y aprender qué están haciendo los antropólogos con el método etnográfico antes que denunciar, sancionar, jerarquizar, eliminar y excluir del campo de la antropología a los que no hacen lo mismo que estábamos haciendo nosotros hasta hace tres días. Eso me parece muy importante para acompañar la expansión de la disciplina y la expansión del sentido crítico de la disciplina. Pero también es muy importante lo que hacen los sujetos que adoptaron parte del elemento crítico de la antropología fuera de los contextos académicos a los que nosotros muchas veces subestimamos y yo no sé si nosotros deberíamos seguir haciéndolo.

EDUARDO RESTREPO: Para abordar los retos de las antropologías latinoamericanas me parece fundamental que pensemos des-

de las condiciones materiales de existencia y reproducción de esas antropologías. Está muy bien que pensemos el deber ser y cómo podemos apuntar hacia esos horizontes, pero también creo que es muy importante entender cómo se constituyen, se experimentan y reproducen las antropologías realmente existentes en América Latina para no caer en una escisión de lo que nos gustaría que fueran y lo que realmente son. Yo creo que es uno de los grandes aportes de la etnografía: tratar de entender cómo se amarran ese par de cosas.

Lo primero que voy a decir es que la antropología escapó, y para bien, hace rato, de los antropólogos, y parece que no nos hemos dado cuenta de eso. Podemos referir eso como el *antropologesco*, o sea, como una manera de hablar, de pensar, de experimentar, de referir, de disputar el mundo, de gobernar el mundo, de administrar el mundo que se afina en categorías y planteamientos derivados de la antropología. El multiculturalismo está constituido desde el *antropologesco*. Son nociones antropológicas como las de territorio, identidad, tradición, grupo étnico, cultura, incluso maneras de entender, pensar, administrar la diferencia, las que constituyen ese lenguaje y las tecnologías del multiculturalismo. Por tanto, para entender cuáles son las antropologías realmente existentes, no podemos seguir asumiendo que la antropología es equivalente con la antropología que se hace en la universidad o solo lo que hacen los antropólogos (estén o no en la universidad).

El segundo punto es la aplanadora que está operando en los últimos diez, quince o veinte años en la transformación de las prácticas concretas de no solo los antropólogos, porque este es un asunto que implica a los universitarios o académicos en general. Annel lo mencionaba ahorita con el asunto de las revistas: tú te sorprendes viniendo desde Venezuela de que la gente aquí esté tan engolosinada con el asunto de la indexación, los puntos y esas cosas, el plegamiento a la burocracia académica y todo lo que significa ese tipo de prácticas. Esas son condiciones reales de reproducción y experimentación de las antropologías en América Latina que han ido transformando las condiciones de existencia, que es donde ubicaría los retos de nuestras antropologías.

En ese sentido, cabe resaltar unos retos importantes: El primero tiene que ver con lo que podríamos denominar el creciente autismo antropológico, que está asociado al patriotismo disciplinario. No creo que sea algo que aplique para todos los antropólogos, pero me preocupa grandemente que los antropólogos cada vez más estén ocupados escribiendo *papers* indexados y cada vez menos estén haciendo otras labores vinculadas con las poblaciones o problemáticas con las cuales trabajan. El gran reto es imaginarnos mecanismos, formas, conexiones que rompan con la fuerza aplastante de ese establecimiento académico crecientemente sediento de *papers* que se ha ido sedimentando, que ha producido cada vez más unos académicos autistas, distanciados de las urgencias de los mundos que habitan.

El segundo tiene que ver con algo que dijo Pablo muy claramente. Nosotros como antropólogos debemos estar en un lugar de la disputa del sentido común. La etnografía es una herramienta con la que contamos en las disputas del sentido común porque nos permiten ofrecer anclajes, amarres, ligazones con prácticas, incluso, con lo que nosotros mismos somos. En esas disputas con el sentido común, no solo esa manera de estar y hacer en el mundo y de pensar el mundo, que es la etnografía, sino también que hay un gran reto de transformar la imaginación teórica contemporánea. Hay una gran pobreza en términos de la imaginación teórica y política contemporánea y ahí, en particular, creo, Pablo, que el giro ontológico es el síntoma más patético, no puedo ver nada distinto del ensimismamiento académico de plegamiento a un colonialismo intelectual impresionante.

Tenemos que hacernos cargo del éxito del concepto de cultura. Hay que abandonar analíticamente el concepto de cultura, para tomar distancia suficiente y poder entender etnográficamente la gubernamentalidad articulada en nombre de la cultura, cómo hay una serie de tecnologías de dominación, relaciones de poder que han hecho de la cultura una cosa del mundo y que tiene múltiples efectos en el mundo. Cultura ya no sirve para pensar, pero sí hay que estudiar etnográficamente lo que se dice y hace en nombre de la cultura.

Termino con este último punto, y lo digo no desde un lugar del patriotismo disciplinario, sino desde un lugar del sujeto político: creo que un reto fundamental de las antropologías latinoamericanas y de la antropología en Colombia en particular es organizarnos, producir voces colectivas, no para defender gremialmente a la antropología, sino para ponernos a ver desde ese lugar movilizándolo lo que significan los eventos de verdad. Sí tenemos que constituirnos más orgánicamente como asociaciones, como sociedades, para pararnos frente a nuestras sociedades, frente a nuestros movimientos históricos, incluso para conversar de otras maneras con antropologías de otros lados, sean metropolitanas, sean del norte o en otras geopolíticas. Mi último punto de reto es que tenemos que aprender a juntarnos mejor para ser nuestra voz como antropólogos, un lugar desde donde se puede intervenir y se debe intervenir en términos de lo político y de lo ético.

SEGUNDA PARTE: INTERVENCIÓN DE ASISTENTES

INTERVENCIÓN 1: Como antropóloga de base y actualmente como estudiante de una maestría, como investigadora en formación, asistía, en términos de comprender estas lógicas de la publicación en las que nos están insertando, a una especie de taller sobre cómo funcionan estas revistas y cómo funcionan las publicaciones, básicamente te terminan diciendo que «investigación que no se publica no existe», es más, «investigador que no se cita no existe». O, por ejemplo, usan índices de citación para medir el impacto. Me decía: ¿El impacto de qué? ¿O qué tipo de impacto? Como imaginarán, salí abrumada con una cantidad de preocupaciones encima. Frente a eso me gustaría preguntarles: ¿Qué ha pasado con la lógica de dominación en cuanto a las condiciones laborales como antropólogos, sobre todo con la praxis? ¿Para qué se está investigando?, ¿para publicar solamente o qué hay más allá?

INTERVENCIÓN 2: Me he sentido muy en sintonía con lo que decían Pablo y Eduardo, con esto del autismo asociado al patriotismo. Para pensar, pongamos la palabra sociología, la expresión

ciencia política, economía e historia, creo que hacen mucho sentido esas dos intervenciones con un grueso de argumentos que fue complementado con el otro grueso de argumentos de cuáles son las dinámicas de la publicación, etcétera. Pondría un tercer elemento a ese grueso de argumentos: creo que no debemos olvidar que el grupo de la derechización en el mundo occidental, diría que global, está asociado al capitalismo del sistema, donde quienes lograron –entre comillas– el éxito profesional en las vidas sociales están muy instalados y en una posición bastante cómoda –entre comillas también– que les permite denunciar, enunciar [inaudible]. Los que están más jóvenes están con todas las dudas, las inquietudes, con las exigencias de que debes publicar en las revistas, etcétera, que si no hago ciertos protocolos de investigación soy invisible, pero nos estamos olvidando de los que se quedaron por tramitar, los que quedaron en la mitad: la muerte no solo es física sino simbólica, lo que refleja justamente lo que ustedes planteaban acerca de cómo negamos la política, cómo al negar la política llega el mercado, entonces ya no tenemos instrumentos políticos ni jurídicos, sino instrumentos de mercado que logran insertarse en ciertas dinámicas para decir, modelar y moldear nuestras disciplinas sociales. Creo que lo que ustedes están planteando no serían retos de la antropología, sino retos de las disciplinas sociales y el pensamiento crítico, que es el que estamos asimilando.

INTERVENCIÓN 3: Hace un año salió un informe de la crisis del mundo y el cambio climático, este año salió un informe de la crisis en términos de biodiversidad. Quisiera saber por qué no hay mención de este tema, la única mención es la caricaturización del giro ontológico. ¿Cuáles son los otros esfuerzos posibles para abordar la crisis o la debacle ecológica? Creo que la afinidad no es una fiebre ni es un capricho, la búsqueda que hay por este tipo de temas es por la forma de responder o buscar respuestas a esta crisis. Me sorprende que no hay una mención del tema, quisiera saber si el giro ontológico es una manera. ¿Cuáles son las otras posibilidades que ustedes ven desde los lugares donde ustedes están trabajando?

INTERVENCIÓN DE MYRIAM JIMENO: Antes de venir a la mesa estuve conversando con el colega del Magdalena, Fabio Silva, y le preguntaba –una experiencia sumamente rica en el contraste hipotético– algunas cosas acerca de cómo veía él la situación de la antropología en el país. Por un lado, me sorprendí de saber que hay once programas de pregrado en antropología, me decía Fabio, y unos tres mil quinientos alumnos en este momento estudiando en el pregrado, y él estima que puede haber otros tres mil quinientos profesionales egresados de la antropología en Colombia. Me dijo también, y él lo puede referir mejor, que hay tres programas más de antropología que van a abrirse próximamente. Veo una antropología extraordinariamente dinámica, al menos en Colombia. Eso quizás es de las cosas que una gana con el tiempo, es decir, luego de tanto tiempo haciendo antropología tiene la posibilidad de mirar para atrás y mirar de corrido. Este dato, que puede verse como un dato cuantitativo de una conversación que teníamos allí en cafetería, a mí me parece que es una señal de una antropología, en el caso colombiano, extraordinariamente dinámica. Es decir, que está en plena expansión en el sentido de que está formando generaciones y números importantes de generaciones nuevas con una reflexión en torno a lo que llamamos antropología. Y luego esa dinámica, si una la contrasta con otras áreas de América Latina, encuentra que también, por ejemplo, en Brasil se produce una expansión enorme de programas de postgrado en antropología en los gobiernos pasados de Lula, y seguramente en otras partes también. ¿A dónde quiero ir con esto? Oímos a los tres expositores y oímos a Eduardo hablándonos de retos, y nos señalaron puntos muy importantes: la devaluación del conocimiento sobre lo social; nos llamó la atención Gustavo también de la política deliberada en Brasil de persecución a la antropología y un racismo creciente y resurgido, eso emerge porque el eje de nuestro trabajo como antropólogos en el mundo, como disciplina, es luchar contra las formas de discriminación y de racismo; Annel nos señaló la necesidad de mantener una visión pluralista aún en los momentos de división política tan intensa; Pablo habló de una guerra social, que yo no estoy más o menos convencida de esa idea de la guerra

social, pero nos habló de esa sensibilidad que debemos seguir teniendo hacia los sectores oprimidos; y finalmente Eduardo nos señaló cuatro grandes problemas, entre uno de ellos está el autismo. Esto es simplemente para yo reconstruir lo que he oído. Ahora va mi pregunta: está muy bien que ustedes nos señalen retos, pero si por otro lado vemos el crecimiento y la dinámica que he descrito en Colombia, ¿cuáles son los logros que ustedes ven en medio de un mundo que tiene una amenaza de genocidio, que tiene una amenaza de racismo y que puede tener una amenaza de violencia en masa? ¿Qué es lo que sí hemos logrado y no solamente lo que no hemos alcanzado?

INTERVENCIÓN 4: Más que una pregunta yo tengo un comentario para la discusión. Si bien ustedes mencionan que la antropología está amenazada por todos los frentes, siento que precisamente poder hablar hoy del autismo antropológico o de un autismo disciplinar nos da cuenta, y un poco lo que venía diciendo Myriam, de la amenaza a lo que ya está posicionado fuertemente como disciplina, lo que le da la posibilidad de crearse un campo autónomo de expresión y de diálogo. No quiero defenderme, a lo que voy con esto es que creo que precisamente la antropología tiene un posicionamiento fuerte, se han creado unas categorías como la de cultura que han echado a andar de manera sólida justamente por ese posicionamiento antropológico. Me parece urgente no solo ir a hacer una etnografía de la cultura sino de toda una gama de categorías que la antropología se ha creado para hablar de las personas. ¿Por qué? Porque esas categorías son habitadas, esas categorías no son solo descriptivas, una abstracción en referencia a otros fenómenos, sino que tienen efectos concretos a nivel de las personas y que están siendo habitadas. Entonces me parece que es interesante transitar un poco esas deconstrucciones que se hacen de esas categorías antropológicas o también pasar de las críticas a la performatividad de las categorías, cómo se construye la cultura, la identidad, el género, y empezar a entender cómo estas grandes categorías han hablado a las personas y crean experiencias vitales en el día a día de las personas sobre las cuales recaen estas categorías.

Quiero poner un ejemplo para aterrizar esto: la categoría de indigenidad o de ser indígena se crea para reunir a un sujeto en América Latina y alrededor del mundo, y a raíz de eso me parece a mí que se genera una suerte de caja negra en la cual se crean unas rutas de acción de esos sujetos considerados indígenas de esas comunidades consideradas y clasificadas como indígenas desde las políticas de Estado, programas de las ONG y proyectos, y el día a día, la experiencia vital de unas personas que pueden considerarse indígenas o porque fueron incluidas en estas categorías o porque tienen un desarrollo muy particular por estar dentro de esas categorías. ¿Cómo podemos los antropólogos ir un poco a la persecución etnográfica de estas categorías que están generando experiencias vitales, formas de ser en el día a día? Ser indígena hoy en día es mucho más un proceso a asistir a reuniones, a cubrir espacios políticos, a dialogar en ciertas organizaciones, es más una articulación institucional que una identidad forjada en una autorrepresentación que se crea entre un grupo de personas, ¿cómo podemos trabajar con eso?

INTERVENCIÓN DE FABIO SILVA: En 1975 sale un artículo de Kaplan y Manners con el que nos formamos muchos antropólogos, por lo menos en la Universidad Nacional de Colombia, en el libro *La antropología como ciencia*¹. Ellos habían planteado, setenta y cinco años después, el fracaso de la antropología en dos niveles: había fracasado su modelo humanístico porque había estudiado a los nativos y los había dejado tal cual, y había fracasado su modelo teórico porque no había resuelto las contradicciones. Me imagino que eso lo afirmaban Kaplan y Manners haciendo un balance de setenta y pico de años de antropologías colonialistas europeas y norteamericanas.

Ahora la pregunta es que, si hoy en día –como lo plantea la profesora Myriam– hay un fervoroso mundo de jóvenes estudiando antropología y antropologías a lo largo y ancho del país, no sé cómo sea en México, Brasil o Venezuela, y si existe esa propuesta

1 Kaplan, David, y Manners, Robert A. (1988) [1975]. «Antropología: Viejos temas y nuevas orientaciones». En Llobera, José R. (Comp.), *La antropología como ciencia* (pp. 55-76). Barcelona, España: Ed. Anagrama.

que Kaplan y Manners plantean del fracaso de los dos componentes, ¿cómo no llegar al fracaso de esas antropologías latinoamericanas? Yo no creo, como dice Eduardo, que haya un autismo, yo creo que más bien es una especie de autoautismo generado por esas políticas de indexación a las que nos sometió fuertemente la academia internacional, lo que nos obligó a las academias regionales a pasar por el mismo proceso para «nivelarnos» con esas academias internacionales y lo que obligó a investigadores académicos a producir textos en *journals* que hoy día ya tienen un valor; hay que pagar para escribir en un *journal* o, si es aceptado, tiene que esperarse uno o dos años para entrar en la fila y que pueda ser publicado. ¿Qué generan esos autoautismos? Que no haya un conocimiento estratégico y continuo de esas antropologías que se están dando en Colombia. ¿Qué se está haciendo en el sur, en el oriente, el occidente y en el norte? Se sabe lo que se está haciendo en el centro porque las antropologías o las universidades que son las que determinan los procesos de indexación, es decir, es partir de lo que dice la Universidad de los Andes, la Nacional, la Universidad de Antioquia, que se determina qué es lo que va o qué es lo que no. No sé si en Brasil, México o Venezuela sea lo mismo. Claro, hay unas etnografías que son necesarias, no hay posibilidad para las antropologías regionales si no es desde etnografías regionales, no hay posibilidad de hacer teoría de las antropologías del sur si no hay etnografías del sur.

Mi pregunta iría hacia ese cuestionamiento: ¿Cómo hacer para que estas antropologías del sur realmente no desfallezcan y toda esa cantidad de jóvenes que están acercándose, que están formándose en la antropología, no se conviertan en un instrumento mero del Estado, como pasó en la Consulta Previa a los estudiantes o a los egresados? Se convirtió en el mejor espacio para el egresado trabajar en la Consulta Previa, porque tenía buen salario y buenos viáticos, el antropólogo era el representante del Estado en las comunidades.

GUSTAVO LINS RIBEIRO: Son varias las cuestiones y comentaré solos algunos puntos. El tema del conversatorio era el de los retos y cuando estamos hablando de los retos estamos hablando

del futuro, de lo que tenemos que hacer. Pero hay muchos logros, uno de ellos es el crecimiento. Yo acostumbro a decir, y eso tiene que ver con la idea de descolonización de la antropología latinoamericana, que muchas veces de manera acrítica importamos crisis que no son nuestras, especialmente crisis epistemológicas. Yo diría que, hasta uno, dos o tres años atrás íbamos muy bien, creciendo, con perspectiva de pensamientos propios, con influencia política global en términos teóricos, epistemológicos, organizativos. Pero hoy yo veo, a lo mejor por lo que pasa en Argentina, Brasil y México, que hay un problema de sobrevivencia que es muy urgente, porque están atacando los núcleos duros de la reproducción de la disciplina y tienen una capacidad de destrucción muy grande y rápida.

De todas las maneras, es posible que en ninguna otra parte del mundo la antropología haya crecido tanto como creció en Latinoamérica. En Europa creció bastante en los últimos treinta años, hoy hay buena antropología en distintos países europeos. Antes uno solo pensaba en Francia, Alemania e Inglaterra, ahora tiene una presencia notable en Portugal, Irlanda, Polonia... y en muchos otros países europeos. En realidad, la globalización de la antropología fue grande en los últimos cincuenta años. Eso trae otro tipo de discusión: ¿Qué es la antropología globalizada? ¿Realmente es posible una antropología universal en términos epistemológicos? Hay muchas posiciones, la antropología como pensamiento transnacional, por ejemplo. Yo defiendo que la antropología es una cosmopolítica pero eso nos llevaría a otras discusiones.

Otro logro es la existencia de la ALA. Yo estuve en la asamblea de fundación de la Asociación Latinoamericana de Antropología. La asociación hoy existe activamente. Pero estuvo más o menos diez años dormida, la gente no sabía qué iba a pasar. Hoy tiene su congreso, revista, se constituye como un sujeto plural colectivo regional e internacional. Esto para hablar de los logros. Logros teórico-políticos: el movimiento de las antropologías del mundo, que básicamente fue un proyecto de antropólogos latinoamericanos que ha tenido un impacto global de redefinición de las relaciones de poder de las antropologías en el mundo. Redefinición

total evidentemente que no, porque seguimos con la existencia de antropologías hegemónicas y antropologías no hegemónicas. ¿Qué vamos a hacer para profundizar este movimiento que ya tiene más de quince años, pero que se ha normalizado y que sigue por medio de una institución política, que es el Consejo Mundial de Asociaciones Antropológicas, que también es una invención latinoamericana? Sí, hay muchos logros, nuestra visibilidad mundial ha aumentado, la lengua española ha ganado espacio. Yo no soy nativo del español, pero leo en español, publico en español, el español es una lengua internacional muy efectiva. No estamos sentados en un lugar que es el desastre total de la antropología en el mundo, eso no, pero los retos son muy duros, muy difíciles y a lo mejor hablamos en una clave que puede parecer hiperrealista, que parece que no hay solución, pero la solución sí está en la política.

Hay una cuestión central: ¿quién nos oye? Eso ha cambiado radicalmente no solo en el ámbito nacional sino también en el ámbito internacional. Por ejemplo, hoy ya es muy distinto el tipo de interlocución de una antropología que tiene una tradición de ser muy oída, que es la antropología brasileña, que tiene una historia de interlocución compleja con el Estado brasileño. Yo fui presidente de la Asociación Brasileña de Antropología, la ABA, conozco esto de adentro, y en los últimos tres o cuatro años la interlocución ha cambiado dramáticamente con persecución, demandas jurídicas en contra de la propia ABA, en contra de antropólogos colegas. ¿Por qué? Porque nosotros sacamos del mercado de las tierras de Brasil millones de hectáreas con los informes etnográficos que son la base de la definición de territorios étnicos en Brasil. Claro que nos transformamos en blanco.

Hablemos del problema de las clasificaciones. Yo tengo casi tres mil amigos [hace el gesto de comillas con las manos] en el Facebook. Pocos son realmente mis amigos. Es una farsa. ¿Quién tiene tres mil amigos?

PABLO SEMÁN: Roberto Carlos [risas].

GUSTAVO LINS RIBEIRO: La mayoría es de académicos de izquierda pero que a veces dicen con orgullo: Mi universidad es la

número 135 mejor en el mundo; mi universidad es la mejor de América Latina; es la decimotercera de América Latina. Oye, ¿no es que criticamos esos regímenes globales impuestos por sistemas anglosajones de clasificar donde estamos parados en el mundo? Pero cuando nos toca a nuestra universidad, que está muy bien, decimos: «Oh, mira dónde está mi universidad, qué bueno». Es decir, que hay una ambivalencia ahí que tiene que ver con la descolonización de la academia, que es un problema enorme de hegemonía, que es ese régimen global que nos impusieron, a veces por el Banco Mundial, a veces por nuestros sistemas de ciencia y tecnología. Se basan en mecanismos reproducidos por nosotros, somos los miembros del mundo académico quienes estamos en los comités. Lo peor es que somos pasivos políticamente en las políticas de ciencia y tecnología nacionales. En las oficinas de los ministerios de ciencia y tecnología siempre ves a los matemáticos, ingenieros, biólogos, químicos, pero nunca o difícilmente aparecen antropólogos para luchar por los intereses de la disciplina. Nosotros no hacemos política en ciencia y tecnología y queremos que la cosa caiga en nuestra falda. No va a caer, hay una lucha de intereses y los recursos son siempre pocos. O sea, que también hay que mejorar nuestra actuación como sujetos políticos colectivos.

La cuestión del giro ontológico es muy complicada, ¿qué pasa? Yo soy del país de donde salió una vertiente importante de ese llamado giro ontológico. ¿Cómo empezó? Empezó con una sectarización: O tú eres como yo o tú no eres antropólogo. Esto es un deservicio fundamental a la disciplina. Yo no creo que ninguna orientación teórica, política, metodológica puede llegar frente a una comunidad tan diversa, como la de antropólogos, y decir: O ustedes piensan como nosotros o ustedes no son antropólogos. Ahí empezó una sectarización que está en curso: los que son perspectivistas y los que no son perspectivistas. Eso creo que es un perjuicio para la disciplina en todos los sentidos, porque oblitera el diálogo. Los dos grupos ya casi no hablan entre ellos porque estos son aquellos y estos son no sé qué, ¿y qué tiene que ver eso? Son, en realidad, luchas de poder académico.

No necesitamos del giro ontológico para pensar las cuestiones ambientales. Si fuera así tendríamos que echar en la basura todo lo que el ambientalismo ha hecho en todo el mundo, incluso el ambientalismo que no tiene nada que ver con la antropología y era activo mucho antes de que apareciera el llamado giro ontológico. Ese es otro asunto: lo de los giros. En general, pasan por la aprobación de la academia del norte, de las reuniones de la *American Anthropological Association*. Hay modas recicladas en el centro y reexportadas para nosotros. Así vamos viviendo de ciclos de moda. Tenemos también que tener una mirada crítica más allá de las discusiones epistemológicas que son varias y de si estos ciclos son pertinentes o no en términos de visión antropológica.

ANNEL MEJÍAS GUIZA: Quería resaltar tres asuntos relacionados con lo que expusieron los invitados y con las intervenciones de ustedes. Cuando la colega de la primera intervención exponía para qué investigamos, si recién graduada se tiene que someter a ese mundo de publicaciones, porque además cuando se busca trabajo actúa ese sistema, les cuento que ahorita tengo una amiga colombiana que vivía en Venezuela y se vino a su país a buscar trabajo, y es horrible: debe poner los DOI de los artículos en las páginas de internet, indicar otros trabajos publicados, todo eso suma un puntaje... Es una dura labor buscar empleo en Colombia, que además es trabajo tercerizado. Ayer estaba en la mesa de las revistas científicas en este congreso con un antropólogo mexicano muy interesante, que lo había leído y lo conocí, afortunadamente, su nombre es Eduardo Sandoval Forero, de la Universidad Autónoma del Estado de México, y hablaba de que se había realizado un estudio acerca de cómo las revistas indexadas, o esa política o cultura de la auditoría había incidido en la calidad de los postgrados, de los pregrados, en la calidad de la formación y de la investigación en sí que se estaba haciendo en México, y decía que los resultados eran brutales, es decir, los científicos sociales, en este caso los antropólogos, se estaban convirtiendo en unos narcisistas, retomando lo que plantea

Edward Said² que publicamos para leernos entre nosotros mismos. Eso me parece contradictorio, porque creamos un lenguaje, que acá lo resaltaban, con el cual no nos podemos comunicar con la gente común y corriente o con colegas de otras disciplinas.

Yo creo que la labor de la descolonización comienza por descolonizarnos a nosotros mismos, si hacemos antropología y no hay una abreacción, de quiénes, para qué estamos investigando, si queremos seguir o no ese sistema; si no hay un abreacción del propio antropólogo y que esa abreacción sea colectiva, ¿cómo va a estar tomando la bandera de la descolonización? Ingresé como docente en la universidad en el área de etnología hace cinco años y ahora los sueldos en Venezuela son de menos de diez dólares mensuales, es decir, yo no vivo de ser docente en antropología o etnóloga, sin embargo, hago antropología. ¿Cómo hago para sobrevivir?, son las preocupaciones de la mayoría de los jóvenes. ¿Estudio o no antropología para sobrevivir?, se preguntan y son preocupaciones válidas. No obstante, es importante que haya una descolonización de los mismos antropólogos para pensar por qué investigar, por qué ir a una comunidad, invirtiendo tiempo, esfuerzo físico e intelectual... ¿Por qué?, ¿para ganar un sueldo y sobrevivir?

El otro asunto es el *boom* de la antropología, pero ese *boom* quizás no implica que se está enseñando la antropología de otra manera. Me parece que en los pregrados seguimos estudiando las mismas corrientes noratlánticas, a los mismos autores, y no se han incluido en los pênsum –casi que aparecen como materias electivas u optativas– lo que estamos haciendo en América Latina. En parte es nuestra culpa porque tampoco lo hemos sistematizado, no hemos hecho una antropología de las antropologías latinoamericanas; sin embargo, se celebra que haya un creciente interés en estudiar antropología.

El otro tema es lo que preguntaba el otro colega acerca de cómo no llegar al fracaso de este montón de jóvenes que están es-

2 Said, Edward. (2013). «Adversarios, públicos, partidarios y comunidad». En Said, Edward, *Reflexiones sobre el exilio: Ensayos literarios y culturales seleccionados por el autor*: España: Penguin Random House Grupo Editorial.

tudiando antropología hoy. Primero, pensar una descolonización desde los mismos estudios de pregrado, de cómo estamos enseñando antropología en las universidades. Segundo, y tiene que ver con lo que planteaba Eduardo en el cuarto punto, que sería cómo organizar esas voces colectivas de antropólogos en América Latina, cómo trabajar en redes, organizar asociaciones. Con la Asociación Latinoamericana de Antropología nos hemos dado cuenta de que en muchos países se forman a antropólogos, se estudia antropología, pero no tienen asociaciones, colegios, absolutamente ninguna organización. En Venezuela es terrible, los pocos que quedamos estamos peleados y sectorizados, algunos de los egresados de la Universidad Central de Venezuela, en Caracas, piensan que los que nos graduamos en la escuela de Jacqueline Clarac en postgrado en la Universidad de Los Andes, en Mérida, no somos antropólogos. Con esas peleas internas no nos podemos organizar. Es un reto la organización de los antropólogos en nuestros países y que esas diferencias internas no fracturen el diálogo y el quehacer colectivo.

Quiero compartir esta experiencia en proceso: en la actualidad estamos desarrollando la organización del Segundo Congreso Internacional de Antropologías del Sur para el próximo año y nos preguntamos que, con la situación política de Venezuela, ante la crisis, ¿cómo hacíamos para organizar un congreso internacional? Y decidimos desconcentrarlo para hacerlo en cuatro países: Argentina, Brasil, Colombia y Venezuela. Esto nos ha dado la posibilidad de que la gente que está organizando los capítulos de ese congreso esté pensando las antropologías del sur de otras maneras, los argentinos tienen una postura, los brasileños otra y así sucesivamente todos los organizadores. Esa creación de redes, de asociaciones, de relaciones, de alianzas entre antropólogos y gente que hace antropología impulsa que pensemos y diversifiquemos la disciplina. Es decir, dialogar, por ejemplo, con antropólogos peruanos. Recientemente la Asociación Paraguaya de Antropología se organizó en 2017 y está pidiendo ingresar a la ALA. Esas relaciones entre antropólogos de América Latina y del Caribe, incluso podemos extenderlas a antropólogos de China, Rusia, de otras re-

giones o continentes del mundo, enriquece y enriquecería mucho la disciplina, lo que denomina el profesor Gustavo incentivar las «fertilizaciones cruzadas».

PABLO SEMÁN: Me gustaría responder las preguntas en el marco de lo que yo definí en mi área de interés y yo no me defino desde mi interés como antropólogo ni como un investigador de CONICET, sino como un sujeto activo en la sociedad. Y voy a decir por qué sí creo que estamos viviendo una guerra social. Desde ese lugar voy a tratar de responder dos preguntas que a mí particularmente me parecen interesantes.

Primero, no voy a referirme a esto porque ya lo refirió Eduardo y el colega que intervino, yo más bien tengo un cariño especial por el giro ontológico, creo que es cierta la presentación del giro ontológico que recordaba Gustavo, yo agregaría más a esa presentación que es problemática: el giro ontológico fue presentado para los lectores latinoamericanos, después de ser reabsorbido colonialmente como disyuntiva entre antropología comprometida y giro ontológico, y yo no creo que esa presentación sea correcta. Por eso mismo sugiero otra presentación, es decir, que las preocupaciones que a mí me parecen correctas, importantes y estratégicas del giro ontológico veo que están incorporadas en una antropología que para mí no es comprometida, sino en el vector crítico de la antropología en cuanto crítica inmanente de los dispositivos de subjetivación en la contemporaneidad, digo, una definición casi textual de la Escuela de Frankfurt.

No creo que sean excluyentes, creo que deben dialogar, creo que deben incorporarse, creo que hay algunas reflexiones de esas que interesan y eso me permite hacer el vínculo con la segunda parte de la pregunta de la guerra social que hacía Myriam: ¿Cómo se llega a que un tipo que va en un auto, se baje del auto, ve a un mendigo, saque un millón de nafta, agarre un encendedor y lo queme vivo? Esto pasó en Buenos Aires hace dos semanas. ¿Cómo se llega a que unos niños salgan corriendo, sean atropellados por un tren porque otros niños los persiguen con un instrumento de tortura con electricidad? Yo sé cómo se llega a eso: estoy investigando la hipervisibilización de la pobreza y la construcción de

la pobreza como una categoría de subjetividades deleznable. En Argentina no necesitamos distinguirnos entre negros y blancos, indios y civilizados, hombres y mujeres para llegar a formas correctas, entre comillas, de matarnos entre nosotros de una forma que no lo estábamos haciendo en los últimos treinta años. Entonces la construcción del pobre como un sujeto responsable de su propia miseria y como un lastre para las sociedades es parte de algo para investigar vía el giro ontológico, pero que no puede quedar en el giro ontológico. Y por este lado me acerco un poco a la guerra social, yo creo que sí, no sé cómo es en Colombia, no tengo la más mínima idea, pero sí sé positivamente que en Argentina ha transcurrido desde 2001, cuando hubo una devaluación brutal y una caída infernal y tremenda del empleo y del producto interno bruto. Hubo una idea acerca de que el hambre era urgente que devino en una idea de que hoy los pobres son responsables de una nueva devaluación, de una nueva caída del PIB. Eso es lo que yo llamo una guerra social, en el marco de una cosa que nosotros creíamos, o algunos creían, yo personalmente no lo creía tan así, que habían mejorado ciertos indicadores: la distribución del PIB, el salario... todas esas mejoras para mí son absolutamente volátiles, porque eran simples transferencias monetarias.

Y dentro de ese ciclo de mejoras volátiles —es increíble ser viejo, porque yo viví veinte años de historia siendo adulto, viví lo de la lástima por los pobres a querer quemar pobres y ya era viejo cuando empecé a ver la lástima por los pobres—, yo incluyo, por lo menos en el caso argentino, las mejoras y los logros, que no discuto, alcanzados por las ciencias sociales: la incorporación al CONICET, la ampliación de las universidades, de nuestras asociaciones. Quiero describirles que, así como se queman pobres, hay varias amenazas dirigidas a las ciencias sociales en la Argentina. Primero, amenaza al contenido de la investigación, o sea, hay ciertas investigaciones que son estigmatizadas públicamente, hay ciertos investigadores que son señalados públicamente; hay amenazas a las carreras de ciencias sociales, de sociología, de antropología, hay amenazas con su cierre. Claro que de todo eso con que crecieron las ciencias sociales algo va a quedar, pero también

depende de que uno lo denuncie y haga para ver qué es lo que va a quedar. Hay amenazas a los sujetos concretos de la investigación, hay amenazas al circuito laboral, hay amenazas al estilo de trabajo, y hay una amenaza endógena que tiene que ver con la implementación del estilo de trabajo: la demanda de publicaciones y todo lo que un amigo llama el «*ridiculum vitae*».

Yo diría que eso está influyendo en la reorientación del trabajo antropológico: ya no va a ser tan absorbido en la carrera de investigador, que igual tendría que modificarse, yo no creo en el investigador mandarín, pero también es cierto que las universidades no crearon puestos de trabajo en la misma medida en que se formaron doctores y crearon investigadores, y no se lo va a hacer, porque así como cae el salario real y la distribución del PIB, cae el presupuesto de las universidades y el ciclo de las mejoras volátiles de todos los asalariados, que ahora hay una decadencia abrupta de cuatro años que también abarca una decadencia abrupta de las mejoras volátiles en el sector académico y eso abarca una reorientación mercantilista del estilo de trabajo de los antropólogos. A mí eso me preocupa, porque yo no sé si quiero que haya muchos antropólogos trabajando en recursos humanos en empresas que están buscando disminuir derechos laborales y eso es un destino posible de la antropología. Teníamos a antropólogos metidos muy seriamente –hicieron una obra interesantísima– en las fuerzas de seguridad, y los están sacando, obviamente, porque hay una nueva política de derechos humanos para los agentes de la seguridad que es autorizarlos a matar impunemente y hacerse de la vista gorda cuando un poderoso mate a un débil. Eso también tiene que ver con la reorientación del trabajo de los antropólogos.

Yo no creo que difiera con lo que proponen de pregunta como antecedente, estoy totalmente de acuerdo, por lo menos en mi ámbito esto ha sido así. Hasta acá nosotros venimos casi de victoria en victoria, como diría un evangélico, pero nos encontramos ante un panorama de derrotas profundas, abruptas. Aparte de que es un ciclo de derrotas que ya se conoce en Argentina, porque ocurrió en 1955 y en 1976, y el sociólogo y científico político que mayor capacidad de diálogo tuvo con la antropología, Guillermo

O'Donnell, quien es una referencia de toda Latinoamérica, llamó a ese ciclo «la venganza oligárquica contra la Argentina plebeya». Yo creo que estamos viviendo de nuevo eso por otros medios y eso abarca a los pobres que queman y a los científicos sociales, sobre todo a aquellos que participan en la dimensión crítica.

Para completar la respuesta a la pregunta que plantea Myriam, que es importantísima: no desconozco los logros, pero estoy tratando de ver las amenazas. Creo que hay una característica que tienen estas amenazas, que es la aceleración y la sorpresa con la que se produjeron, porque nadie se esperaba esto, como nadie se esperaba la reversibilidad de ciertas conquistas supuestamente seguras de la secularización. Si llegamos a esos puntos, ¿por qué no pueden empeorar la situación de los antropólogos? Que pueden pasar, y yo los digo, pero aparte digo que ni siquiera son los peores que pueden pasar, ya que están quemando pobres.

EDUARDO RESTREPO: Faltan cinco minutos, voy a hacer unas puntadas muy rápidas. Empiezo con la de los logros: creo que es importante entender los logros en cada uno de los países, en Paraguay no es igual que la antropología en Colombia, o en Chile la antropología no se ha posicionado incluso en términos de programas de formación. Es importante ver por qué en unos países sí y en otros países no hay un éxito en términos de programas de formación de pregrado y de creación de postgrados. Una cosa importante en este asunto es ver por qué pasa en un lado de esa forma y por qué en otro lado no pasa de esa forma, cuáles son las implicaciones de eso. En ese sentido me parece que el hecho de que tengamos muchos más pregrados no significa que tengamos mejor formación, el pregrado se ha apocado y se ha mediocretizado radicalmente en términos de lo que significa la formación antropológica con respecto a lo que tuvimos nosotros hace veinte o treinta años. Habría que entender los logros en términos no solamente numéricos, sino ver la dimensión cualitativa del asunto.

¿Qué logros pienso que ha alcanzado la antropología en el caso de Colombia? Uno de los más contundentes se refiere a que ha instalado un vocabulario que constituye subjetividades, experiencias vitales. Como decía el compañero acá, nociones como

la de identidad, territorio, cultura... están siendo habitadas de múltiples maneras, eso me parece un logro importante, con todas las cosas terribles que se dan también allí, pero ese es el mundo social, es decir, el hecho que se posicionen ciertas ideas de grupo étnico no tiene una sola dimensión sino múltiples dimensiones. El logro fundamental que ha tenido es el logro en la subjetividad política colombiana en términos de que el multiculturalismo, entendido como la diferencia cultural, hace papel, por lo menos de la narrativa pública y de muchos sectores sociales, un asunto fundamental. Así, la dignificación de la afrocolombianidad, de las maneras de habitar la indianidad, son cosas importantes donde los antropólogos han contribuido, no son los únicos actores. Por supuesto, la gente se ha dado sus «pelas», lo cual no quiero desconocer. Sin embargo, me parece que la distinción entre academia, antropología y el mundo de la gente, de los movimientos sociales y las organizaciones, es más brumosa, más gaseosa, menos tajante de lo que se suele presentar. Hay muchos logros, cosas muy positivas y muchos asuntos de avances ahí.

Con respecto al giro ontológico: creo que tenemos que desnaturalizar incluso la etiqueta y pienso que hay cosas que están transitando por esa etiqueta que son compartidas desde antes de que esa etiqueta existiera, por ejemplo, les doy tres puntos concretos: la relevancia de desantropologizar el análisis, que solo los seres humanos seamos actores está incluso desde antes de que la etiqueta se articulara; la posibilidad misma de pensar que los sujetos humanos ordenan en relación con sujetos no humanos y con humanos y no humanos, eso hace parte del trabajo antropológico de entender cómo los actores experimentan y producen sus mundos, eso ha estado desde hace mucho rato, hace parte de la antropología y no se llamaba ontología; y creo que el último elemento asociado a esto, y es fundamental, es pensar que esos mundos no son cosas en la cabeza de la gente sino que son experiencias y configuran mundos constituidos de verdad.

De ahí para adelante hay muchas cosas que son discutibles, todo el asunto de las políticas de colonización académicas, el he-

cho de que se produzcan unas jergas que solo un pequeño grupo de personas pueden manejar...

PABLO SEMÁN: Quería agregar una cosa, y me lo acaba de decir Gustavo: que en Brasil y en Argentina todos esos giros que llevó la antropología a las sociedades hoy están puestos en cuestión y entonces el multiculturalismo es el enemigo. Eso hay que tenerlo en cuenta. En Argentina está el efecto vodka, que lo que pasa en Brasil unos días después pasa en Argentina, no vaya a ser un efecto ron y lo que nos esté pasando a nosotros les vaya a pasar a ustedes en un tiempo.

EDUARDO RESTREPO: Esa es una discusión que crea fundamentalmente preguntas por ejemplo: ¿Cómo se posicionan ciertas conversaciones? Y al posicionar ciertas conversaciones, ¿cómo se obliteran otras conversaciones en términos de las voces y de las discusiones contemporáneas, la ecología política y todas esas cosas? No es la clausura de lo mental. Y termino con esto, que es lo que planteaba Fabio: Yuri Jack Gómez Morales dice con respecto a lo de Colciencias, que nosotros somos responsables y agentes de lo que ha pasado con Colciencias en Colombia. Es muy importante que entendamos que la marginalización y la subalternización de antropologías por fuera de ciertos lugares, sea en Estados Unidos, Bogotá... El bogotanocentrismo de la antropología en Colombia, por ejemplo, es algo que pasa por las prácticas docentes que se dan en otras antropologías. A quién se lee, cómo se le lee, en qué términos se le lee, todo eso hace parte de la reproducción de estas subalternizaciones, muchas de las cuales son agenciadas desde estas antropologías periferalizadas, porque la subalternización no es simple exterioridad, la subordinación pasa por el sujeto mismo, como me lo planteaba Fanon.

Para concluir, diría dos cosas: uno, que habría que producir de verdad interrupciones en qué se lee y cómo se lee desde allá; y lo segundo, toca pararse, hacer movilizaciones y movimientos que lleven esto al mundo para que los chicos no sigan haciéndole la tarea al Estado y el mercado. Creo que una interrupción de la homogenización es intentar producir otras hegemonizaciones que pasan por patrones de lectura crítica y de producir cosas desde

allá, porque si uno no produce cosas desde allá también entonces qué vamos a leer además de lo que siempre leemos, cosas que tengan su fuerza e interpelación para las personas.

Les agradezco un montón a los panelistas, a los conversadores: a Gustavo, a Pablo, a Annel, y a todos ustedes que estuvieron muy juiciosos. Muchas gracias.